

Fanny le cogió el brazo, desesperada.

—¿Que hacemos? ¡No nos sorprendan aquí!

—Es posible que se vuelvan sin llegar á este cabo. Tal es nuestra única esperanza.

—¡No nos arriesguemos demasiado! Examinad la puerta. Acaso no esté cerrada con llave.

Teddy tomó el botón de la puerta que se abría detrás de él, y la empujó poquito á poco. Con gran satisfacción de los dos enamorados, la puerta cedió. Entraron de puntillas y volvieron á cerrar la puerta. Estaban solos en la desierta sala del trono.



CAPÍTULO II

LA SALA DEL TRONO

PARA una pareja de enamorados que huían de la animación y del aturdimiento de los salones de recepción, era un campo de entrevista hartamente singular una sala del trono, á media noche. Los postigos de las altas ventanas aparecían herméticamente cerrados; ni un rayo de luz hería la obscuridad de la vasta sala desamparada, abandonada al polvo y al silencio. Guiado por su experiencia de aquellos lugares, más que por el sentido de la vista, Hervey condujo á su temblorosa compañera á través del encerado pavimento hacia un estrado de media-

na altura que se hallaba al otro extremo de la estancia, y en el cual se hallaban los dos únicos muebles del paraje, dos sillones pomposos, resguardados por telas no levantadas á partir del día en que el rey nauta y la bella reina Adelaida tomaron asiento en ellos.

Los fugitivos obedecieron á una inspiración venturosa al no detenerse un ápice en la puerta ni en sus cercanías. Apenas llegaron al estrado, oyeron que la puerta se abría ruidosamente, y una voz despertaba el eco en los ámbitos callados y tenebrosos:

—Por aquí, milord; vamos á poder hablar sin miedo á que nos oigan.

Al oír aquella voz, Fanny ahogó una exclamación involuntaria. Era la voz del barón Sturmer.

Estrechándose la mano á cambio de su silencio, los enamorados, des-pavoridos, se deslizaron tras el dosel de los reales asientos, y encogiéronse allí, sin atreverse apenas á respirar.

Sturmer y su compañero volvieron á cerrar la puerta, y penetraron en la sala.

A juzgar por el sonido de sus voces, hallábanse á veinte pasos de la pareja en el instante en que se detuvieron.

El Hannoveriano parecía sostener una conversación encaminada á convencer á su compañero de que adoptara una línea de conducta no aceptada aún por éste.

—De hacer lo que os pedimos, no váis á correr el más leve peligro—decía el barón al detenerse.—Contamos ya con todas las seguridades imaginables de un apoyo eficaz. Lo que nos falta en la actualidad es el apoyo moral. Queremos convencer á los prosélitos de que entre nosotros figuran otros personajes, dispuestos á unirse al movimiento en el instante del primer golpe.

—Pues entonces, ¿qué queréis de mí?

Aunque estas palabras fueron pronunciadas en voz baja, casi silbadas, los dos oyentes involuntarios reconocieron la voz. Era la del hombre á quien Sturmer había acogido tan calurosamente: el marqués de Londonderry.

—Me explicaré—le dijo su interlo-

ductor.—Como os consta, hemos sondeado la mitad de los oficiales de Londres, y en su mayor parte nos son adictos. Pero casi todos preguntaron lo mismo: «¿qué opina el duque?»

—Se trata, naturalmente del duque de Wellington.

—Naturalmente. Para el ejército, su nombre es una garantía universal. Si no difundimos la convicción de que el duque se halla secretamente á nuestro lado, temo que muchos van á retroceder.

—Pues es imposible sondear á Wellington. Si abrigase la menor sospecha, capaz fuera de intentar una persecución contra nosotros.

—Exacto. Creo también, milord, que no hay que confiarle nuestro secreto. No obstante, sin arrojarnos á tal peligro, es posible maniobrar de modo que los oficiales lleguen á imaginar que Su Gracia nos apoya. Lo que conviene es organizar una fiesta como la presente; ella, sin comprometer á nadie, constituiría una manifestación á favor de nuestra causa.

—Comprendido. Vuestra gente se

hallaría en presencia del duque, y las circunstancias inducirían á leer en su presencia una aprobación de nuestra conducta.

—Vuestra Señoría penetra la cuestión agudísimamente.

—¿Quién opináis que debiera organizar la fiesta? Ya lo sabéis, Sturmer: yo he roto mis relaciones con el duque.

—Lo sé. Ha dado á lord Hill el regimiento cuyo mando solicitábais. Esto es precisamente una falta que su Alteza Real podría estar deseosa de reparar.

—¡Quiá! Ello ha obedecido á una cuestión puramente personal. El duque se portó mal conmigo, ello es evidente; pero las causas de nuestra ruptura son enteramente distintas, y, creedme, nuestro mútuo alejamiento no tiene más punto de partida que una cuestión de principios.

La obscuridad mantenía secreta la expresión que se dibujara en la fisonomía del tudesco al responder dulcemente:

—Me doy cuenta á las mil maravillas de vuestra situación, señor marqués. No obstante, volviendo á nues-

tro asunto, el duque de Buckingham me parece indicadisimo para el caso.

—No sé, no sé. Acaso nos granjeemos su simpatía, pero el duque es egoísta y tímido, incapaz de tomar denodadamente una resolución. Además tiene sus conexiones con los partidarios del duque, y si Peel volviese al ministerio, él contaría con el nombramiento de gran senescal.

—Esto le hace más apto para el papel que le destinamos. No le pedimos que se comprometa abiertamente. Una velada en su casa, no puede, ocurra lo que ocurra, exponerle en modo alguno; y nosotros podemos perfectamente dar á la velada la interpretación que nos pluguiere. Se que vos influís en él lo suficiente para decidirle, si gustáis; y si triunfábamos podríais esperar algo más importante que el bastón de senescal: la intendencia.

—Muy bien; yo haré cuanto me fuere posible.

—Cuanto mas pronto mejor ¿no es eso? Nos consta por avisos confidentiales llegados de Windsor que el rey está más grave que lo que el público se figura. ¿Quién sabe lo que

va á ocurrir? Podría no llegar al término de este mes.

—El negocio es serio, realmente. ¿Tenéis la seguridad de que vais á tenerlo todo dispuesto tan pronto como suponíais?

—Así lo espero, de no ocurrir calamidades imprevistas. Recordad que todo depende del primer golpe, y que mis planes están preparados con harta madurez; ellos en tanto no sienten la más leve sospecha del peligro que les amenaza.

Aparentemente satisfechos de su coloquio los dos conspiradores se disponían á partir, cuando un ruido alarmante les estremeció, clavándolos al suelo.

Molestada por su incómoda posición, é incapaz de mantenerla por más tiempo, Fanny acababa de moverse demasiado pronto. Quiso el azar que cuando se volvía se deslizase de su muñeca un brazaletes de perlas finas. Rebotando en lo alto del estrado, la malhadada joya rodó unos metros sobre el pavimento, y al detenerse retiñó de un modo harto inquietante.

El ruido metálico venía á rasgar

súbitamente el silencio de la gran sala cavernosa. Sin decir palabra los conspiradores, llenos de terrible congoja, escrutaban las tinieblas.

—¿Qué es eso?—preguntó al fin el marqués en voz baja.

El Hannoveriano cogióle por la muñeca y se la estrechó de un modo significativo, mientras respondía en alta voz, en tono que pretendía ser indiferente:

—Una rata que andaba huyendo. Pero salgamos; ya estuvimos aquí demasiado tiempo.

Alejáronse, marchando cautamente, repasando el camino que les trajo al salón. Apenas volvió á cerrarse la puerta, enderezáronse vivamente los dos enamorados. La pobre Fanny, con la pavora determinada por la extraña conversación que acababa de oír y el miedo á ser descubierta á solas con el teniente en circunstancias tan angustiosas, se sentía presa de la más acerba ansiedad.

—Démosles tiempo para que se alejen—murmuró Teddy, esforzándose en devolverle la calma, mientras inquirían á tientas el camino de la puerta.

—¡No me perdonaré jamás el haberme expuesto á semejante trance! ¿Qué ocurriría si volvían y nos hallaban acá?—exclamó ella retorciendo los brazos.—Si esto llega á oídos de mi madre, me infringirá algún terrible castigo.

—¡Dios mío, mirad!

La exclamación era de Teddy. De repente había distinguido una débil claridad que se filtraba por bajo de la puerta á que iban acercándose.

—Fanny, volved sin perder tiempo á nuestro escondrijo. Yo velaré para que no se os descubra.

La niña, aterrada, apresuróse á volver á su refugio. En el mismo instante, la puerta se abrió cautelosamente y Sturmer asomó su rostro amenazador; iluminado por la bujía que llevaba en una mano, mientras apoyaba la otra en el puño de la espada.

Al reparar en Hervey, el Hannoveriano lanzó una exclamación, retrocediendo un paso. Mas bastóle un instante para recuperar su sangre fría, y penetrando rápidamente en la sala, cerró de nuevo la puerta, adosándose á ella.

—¿Con qué érais vos, señor Hervey?—dijo mirando al joven con aire penetrante y amenazador.

No era aquella la primera ocasión que les reunía. Cuando dos hombres aman á la misma mujer, se hallan á menudo aunque gusten de esquivarse uno á otro, y sobre todo de detestarse mutuamente.

Hervey, á quien no pillaban por sorpresa como al barón, había reflexionado sobre la conducta que debía observar y respondió á la observación de Sturmer simulando una borrachera. De esta suerte esperaba desconcertar sus sospechas y vencerle de que nada debía temer por su arriesgada confianza.

—Ya veis, querido barón—tartamudeó—hago mi ronda como de costumbre; á la vista está. ¡Soy el oficial de servicio!

Por un instante, Sturmer, á pesar de su astucia, aceptó la farsa del oficial.

—Pero ¿á qué visitar estas reconditeces del palacio?—preguntó con soberana entonación.

Hervey movió la cabeza con aire de malicia perfectamente simulado.

—No, no, hijo mío, no dais en el clavo, de ninguna manera. Yo soy el oficial de servicio. De lo que se trata es de saber qué diablos os trajo á vos á estos rincones del palacio. Ea, ea, informadme.

El Hannoveriano se mordió los labios y lanzó al oficial una mirada iracunda.

—Estoy dispuesto á dar cuenta de mi conducta á mi señor, el duque de Cumberland—respondió bruscamente.

Y al pronunciar estas palabras, adelantó un paso.

El teniente volvió á mover la cabeza con sonrisa burlona, hincándose en el suelo delante de él.

—No dais en el clavo tampoco esta vez. Mi señor, el mío, es el rey de Inglaterra, y no puedo permitir el paso.

El barón empezó á sospechar que su interlocutor tomaba á chacota la situación. Levantando la bujía al nivel del rostro del oficial, dijo encolerizado:

—Páreceme, señor mío, que no andáis tan *alegre* como quisiérais suponer. Ignoro de cuanto tiempo

acá permaneceréis en esta sala, y si pudisteis sorprender algo de mi conversación. Me permitiré preguntaros si el papel de espía forma parte de las funciones de un oficial de servicio.

El insulto encandeció la frente de Hervey. Contúvose á pesar de todo, deseoso de proseguir la comedia hasta el fin, y respondió en tono festivo:

—¡Vaya, qué eso es injusto! ¿Cómo iba yo á prever que elegiríais la sala del trono para organizar una traición?

Al oír la palabra «traición», Sturmer retrocedió, lanzando al teniente una mirada interrogadora, para descubrir si hablaba en serio, ó bromeando.

Pero la cara de Teddy permanecía ambigua.

—Ea, barón—dijo, abandonando toda simulación de borrachera—ya es tiempo de que cerremos esta puerta. Volvamos á los salones.

—No, por cierto, antes que haya explorado palmo á palmo esta sala, y reconocido si alguien más se oculta ahí—replicó el Hannoveriano.

Y al mismo tiempo levantaba la

bujía sobre su cabeza, insinuando un avance.

Hervey saltó á su encuentro.

—¡Deteneos! ¡Ni un paso más! ¡Os lo prohibo!

Por esta vez, las palabras de Hervey repercutían con entonación muy distinta de las anteriores. El barón, sorprendido, echóse atrás. Y brilló en sus ojos un fulgor peligroso, y con gesto harto elocuente llevó la mano al puño de la espada.

—¡Lo quiero! ¡Sabré quién nos escuchaba!

—¡Jamás!

Y mientras Sturmer daba un paso, el acero del joven oficial saltó de la vaina, raudo como un relámpago y fulguró ante el pecho del barón.

Sturmer retiróse un poco.

—¿Es desafío ó arresto?—preguntó.

Hervey reflexionó un segundo. Pero no se atrevió á seguir tomando por pretexto una cuestión del servicio.

—Será un desafío, si persistís—respondió con intrepidez.

Una sonrisa glacial y dura se derramó por los labios del tudesco. Volviéndose á un lado, dejó en el

suelo la bujía cuyos rayos determinaron en la envolvente negrura un círculo de luz difusa. Luego, con repentino ademán, desenvainó la espada, y las dos hojas se cruzaron con agudo sonoridad.

—¡Detenéos, señores!

Teddy inclinó la espada, jurando á media voz. Su adversario se apartaba, enteramente consternado, mientras una hermosa niña de albas vestiduras surgía de pronto, entre la obscuridad, al otro extremo de la sala y se precipitaba rápidamente hacia los combatientes para separarles.

El barón la reconoció en seguida, y los temores del político abrieron paso á otros temores de naturaleza más mortificante.

—¡Lady Fanny Greville! ¡Vos en este lugar!

Reinó un profundo silencio mientras la niña apoyaba la mano en el brazo de Teddy, y contemplaba azorada la cara tempestuosa del Hanoveriano.

Al fin, el militar tomó la palabra:

—Ya que á la señorita le ha parecido bien presentarse, no hallo la

más leve razón para continuar fingiendo. No tengo el honor de ser el prometido oficial de lady Fanny, pero en nuestra niñez nos prometimos secretamente uno á otro, y hoy sólo aguardamos el consentimiento de la condesa. Ello os hará comprender á las mil maravillas que no me guiaba otro motivo, al tratar de ocultar aquí la presencia de lady Fanny, que el temor á que su madre se enterase de lo ocurrido. Saliendo de los salones del Duque de Cumberland habíamos penetrado en el pasadizo, y allí oímos los pasos de dos hombres en pos de nosotros; deseando no ser vistos nos retiramos aquí, no imaginando que nos siguiéseis aun á esta sala, ó que nos hubiésemos de ver obligados á suspender vuestra conversación.

Sturmer escuchó muy pensativo esta explicación, enarcando las cejas matosas.

—¿Admitiendo que todo ello fuese exacto—dijo—qué garantía me dáis de que al abandonar este recinto no habéis de ir derechamente á repetir á otros cuanto habéis oído?

Teddy señaló á su compañera.

—Lady Fanny será vuestra garantía. Respetad su secreto; nosotros respetaremos el vuestro. Un silencio á truequé de otro.

El barón envainó su espada.

—Acepto, señor Hervey. Y para impedir toda posible desazón por parte de la condesa, yo ofreceré á Lady Fanny el brazo para regresar á los salones.

Teddy iba á rehusar el ofrecimiento, pero Fanny le impuso silencio con una mirada y pasando su brazo sobre el del barón, permitió que éste la condujera.

Vióles marchar el oficial, y casi á los cinco minutos entraba nuevamente en las salas de recepción.

Hervey se halló á no tardar en medio de un grupo de camaradas que comentaron con un sin fin de chanzonetas su prolongada ausencia.

—Pero Teddy, ¿dónde diablos te sepultas? Opinábamos ya que te habías deslizado definitivamente de nuestra compañía por esta noche—exclamó un gigantón de cara risueña.

—Este era mi propósito—replicó Teddy con una mueca—pero no me mostrado lo bastante sagaz. ¿Cómo

evitar entre la muchedumbre á un hombre como vos?

—Pero en fin, puesto que llegaste, vente á cenar con nosotros—dijo otro amigo.—Te aguardábamos.

—¡Oh, privilegio de la amistad! Magnífico, vamos allá.

Y allá iban, cuando un anciano, que vestía uniforme de coronel, llamó á Teddy:

—¡Señor Hervey!

El teniente se detuvo muy sorprendido, y con sincera inquietud. El anciano era el comandante de su batallón.

—El duque de Cumberland desea que le seáis presentado—explicó el coronel.—Pasemos por ahí.

Indicó al joven que le siguiera, y le condujo al lugar en que se hallaba el Príncipe.

Al lado de su Alteza Real veíase al barón Sturmer, quien dirigió al oficial una mirada en que se leían á la vez una advertencia y un estímulo.

Teddy se inclinó cuanto pudo sobre la mano que le alargaba el príncipe.

—Experimento un gran deleite en

conoceros, señor Hervey—dijo Su Alteza Real, esforzándose cuanto le era posible para alcanzar una tónica de amabilidad.—Amo especialísimamente á esos señores de la Guardia. ¿Según creo, es todavía reciente vuestro nombramiento?

—Me nombraron el año pasado, Señor.

—¡Pero de entonces acá ha transcurrido una eternidad! Sturmer, ¿por qué no me habíais presentado este joven? Sin duda, señor Hervey, pertenecéis á la familia de los Wisteach.

—El actual vizconde es mi padre, Señor. Pero yo no soy más que su tercer hijo.

—Seréis, por consiguiente, el artífice de vuestra propia fortuna. Yo hago votos porque será próspera. Espero volveros á ver dentro de poco.

Luego que se despidieron, Teddy buscó de nuevo á sus amigos. Narró durante la cena las finas frases del duque, y felicitaron. Descorcháronse nuevas botellas, y todos bebieron á la salud de su huésped real, el amigo de la Guardia.

El único que constituyó una excepción al júbilo general fué el va-

rón más longevo de la banda; el capitán de la compañía de Hervey, con grado de mayor. Mientras los demás bebían y charlaban calurosamente, él se mantenía retraído, con aire cabizbajo.

—Pero ¿qué le pasa á Campbell?—preguntó de golpe y porrazo el gigante, quien se había encargado de la dirección de la fiesta.—Parece que asistáis á un sepelio.

—Jamás os reputarán cadáver como os vean delante una botella—dijo el aludido.

—¿Teméis el cese de vuestro cargo, y que el príncipe entregue á Hervey vuestra compañía?—preguntó otro, de pelo encendido y tez manchada.

—No, Metcalfe, no temo semejante azar, porque el príncipe no dispone aún de las compañías de la guardia.

Estas palabras fueron pronunciadas tranquilamente, pero en tono tan glacial que desconcertaron á Metcalfe.

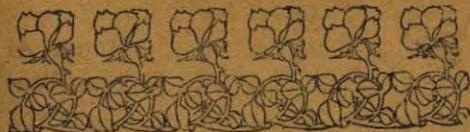
Metcalfe dijo nada más:

—Con que, amigo mío, si pasáis al Estado Mayor, no olvidéis á los viejos amigos.

Teddy se limitó á reír, vaciando

su copa, y se levantó de la mesa. Al salir del comedor sintió que un brazo se deslizaba bajo el suyo, y la voz del mayor Campbeil murmuró á su oído:

—Cuando terminéis la guardia, pasad por mi casa. Debo comunicaros algo. Sed hasta entonces circunspecto en palabras y acciones.



CAPÍTULO III

UNA AMISTAD PELIGROSA



PENAS el mayor Campbell hubo dirigido esta advertencia al joven teniente, abandonó el palacio, y marchó camino del cuartel. Al llegar á su habitación halló, con harta sorpresa, una carta con el sello oficial de los Horse-Guards.

Abrióla, no sin curiosidad. Estaba concebida en estos términos:

«Señor: por encargo del general en jefe os ruego que os sirvais honrarle con vuestra visita mañana, á las once de la mañana, para tratar de un asunto confidencial.

Soy, Señor, vuestro affmo. s.

F. PONSOBY TREVOR
Secretario militar

Al mayor Campbell, etc.»